

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8289

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 168.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEVAS 4.

Lunes 24 de Junio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo; aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y comí el disparate de no tomar chocolate marca El Barro de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se come sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Riuseno que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente a media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

Véase en la 4.ª plana el anuncio Gran Exito



LA SEMANA ANTERIOR.

¡Qué gran día para la familia de Majorna el martes de la semana anterior!

Vicente, el niño de la casa llegó de Murcia con un gran ramo de flores; nadie le espera en la estación, porque nadie supone que pudiera llegar ese día. Toma un coche y en breves instantes se apea del vehículo a las puertas de su domicilio.

Sube la escalera de cuatro en cuatro escalones, porque eso sí, Vicente tiene muchas piernas, tira de la campanilla, y derecho se dirige al gabinete donde su padre está afeitándose, su mamá poniéndole punteras nuevas a unos calcetines del chico, y las hermanitas entregadas respectivamente a Morfeo la más crecida y a la lectura de una novela compuesta por el padre de familia, cuando aun no lo era, la de menos edad.

Es decir, Laura dormía y Torcuata procuraba hacerlo.

La entrada de Vicentito fue triunfal; la madre tiró a un lado los calcetines para besar a su hijo; las niñas se desvelaron y cubrieron de ósculos también al angelito, y el papá, por último, con tanta efusión lo besaba y tantos abrazos le propinó que llenó de jabón el carrillo derecho de la cara del vástago.

Tranquilos los ánimos, y enjabonado el rostro de Vicente—que bien lo necesitaba, por cierto,—todos los individuos de su familia le hicieron la misma pregunta.

—¡Vamos, hermoso, dí el resultado de tus exámenes!

Entonces el chico se echó mano al bolsillo del pecho de su americana y sacó un pequeño paquete que dio a su padre, diciéndole, esto me entregaron para ti los señores que componían el tribunal, al tiempo de repartir las notas.

¡Ellas serán, exclamó alborozada toda la familia! ¡Pobrecito mío, añadió la madre

en un arranque de amor de idem, cuánto has estudiado!

Cuando el padre rompió los periódicos que formaban el paquete, halló unas calas bazas muy bonitas como resultado de los exámenes del niño.

Todos celebraron la gracia, y todos dijeron lo mismo. «En Septiembre será otra cosa.»

—Buenos días maestro.

—Muy buenos los tenga usted.

—Venga, porque vamos, esta mañana me han invitado a que salga en la procesión, y como usted comprenderá no está bien que yo desaire a las personas que me han hecho esa invitación.

—Efectivamente; usted debe complacerlas.

—¡Ya lo creo! Como que ya tengo la vela en mi casa.

—Pues nada, nada, a la procesión.

—Eso quiero yo y, por eso vengo aquí.

—No comprendo...

—Necesito que me haga usted una levita de aquí a la tarde.

—Pero, hombre de Dios, ni que se tratara de hacer la barba. ¡Eso no puede ser!

—Pues es preciso, y será, vaya si será...

Si usted se comprometiera...

A todo me comprometo yo.

—A pagarme el piquillo que me adeuda hace un año, esta misma tarde, yo haría un esfuerzo...

—Es imposible, maestro, es imposible.

—Pues más imposible es lo otro, discípulo del que enseñó a no pagar.

—¡Y cómo quiere usted que vaya yo en la procesión!

—Si eso a mí me tiene sin cuidado.

—¡Voto val! ¡Valiente día del Corpus estoy pasando hoy! Pero señor maestro, mire usted que tengo en mi poder el cirio, mire usted que es un compromiso muy grande, que mi novia se ha empeñado en verme al lado del pendón, y que yo no tengo ropa negra.

—Pues amigo, sin ella no se va a niagu na parte, y sin dinero nunca la llegará usted a tener, tramposoll

Brindis de Salas el notable violinista llegó a Cartagena, y se echó a buscarme por esas calles de Dios. Traía una recomendación para mi humilde persona, y el hombre, como es natural, quiso dárseme a conocer. Porque tengo que advertir a ustedes que Brindis y yo jamás habíamos tenido el gusto de vernos.

Pues bien, mientras él preguntaba en la redacción y otros sitios por el señor de J, suponiendo que me nombrase así, yo me hallaba ignorante (y tanto!) de todo esto vegetando en el campo.

Pero una vez enterado de que el violinista deseaba verme vine a la ciudad el otro día, y miren ustedes si tengo intuición ó talento ó como ustedes quieran llamarle; al primer negro que vi, dándole un golpecito en el hombro, le dije: «¿Usted es el Sr. Brindis? «Servidor de usted.»

¡Si tendré yo buen golpe de vista! Ojalá y hubiera podido con semejante facilidad prepararle un concierto.

Pero no estaba en mi mano.

Supongo, no obstante, por lo que he leído en EL Eco y algún otro periódico local, que a estas horas se habrá dejado oír en el Ateneo. Celebraré sea así, lamentando que algunas personas, socios del mencionado círculo, no hayan podido oírle.

Los sordos, verbi-gracia.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior.

ZAMORA

Charada

Quien torpe ó malvado
en el dos tercera
un saco de prima
arroja y lo mezcla;
merece que todo
de su tumba vuelva
y que por infame
lo tueste en la hoguera.

La solución en el número próximo.

C. S. J.

EL PLATO DE SETAS

(De Andrés Teeurlet.)

Después de haber cazado toda la tarde con Jacobo en los bosques de Saint Juliette, en Poitou, regresáramos a casa.

Como yo volvía de vacío encontré setas en el castañar del Chatellier y llené con ellas mi morral.

—¿Estás seguro de tus setas?—me dijo Jacobo.

—Segurísimo.

—Es que corre en este país a propósito de las setas, una historia trágica que me hace desconfiar de ellas. ¿Tu conociste a Mme. de Savigné?

—¿Aquella que llamaban la Bella Corysande, porque se parecía a la querida de Enrique IV? Sí, me acuerdo de habérmela encontrado mucho en el gran mundo por el año 1878...

Una mujer gruesecita, blanca y rosada, con grandes ojos, un busto adorable y unos hombros magníficos que escotaba cuanto podía. Fue la reina de los bailes oficiales durante uno ó dos años.

No se hablaba más que de la «bella Mme. de Savigné.»

Después, de pronto no se la volvió a ver y me dijeron que había muerto de repente de una congestión cerebral.

—Eso es lo que dijeron, pero aquí se explica de otro modo aquella muerte repentina... ¿Te acuerdas tu de Savigné? Era un noble del Poitou, bajo, rechoncho con ojos amarillentos y cejas negras que se juntaban en su frente.

En los bailes se le veía siempre en el quicio de una puerta con un gesto avinagrado y poniéndose de puntillas para vigilar a su mujer, de la que estaba ridículamente celoso.

Cuando el cotillón se prolongaba, arrancaba casi brutalmente a la bella Corysande de los brazos de su pareja y se la llevaba.

Parecía aborrecer el mundo y aburrirse horribilmente.

Savigné era el tipo del noble campesino; cazador furibundo, botánico y entomólogo notable, era miembro correspondiente de la

Academia de ciencias y no se sentía verdaderamente feliz más que al aire libre, en los bosques de su castillo de la Roche-Tremblay.

Desde que empezaba el mes de Abril, sin esperar el fin de la estación mundana, arrancaba a su mujer a las tentaciones de la vida parisienne y la encerraba en esta soledad, donde sus celos se adormecían, porque estaba seguro de que allí no vendría ninguno de los bailarines...

II

Pero no se piensa siempre en todo.

A dos leguas del castillo en la aldea de Martizay vivía un amigo de la infancia de Mme. de Savigné, llamado Santiago de Allais, uno de esos nobles pobres que pululan en este rincón del Poitou, viviendo estrechamente y ociosos en sus pequeños dominios, comiendo su trigo en verde, cazando, jugando a la pelota y empeñándose un poco más cada año.

Santiago de Allais era un buen mozo de veinticinco años, esbelto, ancho de hombros y moreno, con hermosos ojos acariciadores y llenos de promesas.

En su primera juventud, Mme. de Savigné y Santiago eran vecinos de campo; se habían conocido y se habían prendado uno del otro. No sé hasta dónde llegarían las cosas, pero llegaron hasta alarmar a los padres de la joven, que se apresuraron a casar a su hija con Mr. de Savigné.

Este, sumergido hasta las orejas en sus libros de historia natural, no había sabido los amores de los dos jóvenes, y si algo llegó a su noticia lo tomó como cosas de chiquillos; además tenía una alta idea de sus méritos y de los privilegios conyugales, y era de los que creen que el sacramento del matrimonio confiere una gracia del Estado y da seducciones particulares.

La estancia en el castillo no le parecía peligrosa, y reservaba sus sospechas y sus precauciones para los meses de invierno que pasaba en París, porque allí su prestigio se desvanecía y porque en aquel centro no sentaba el pie con solidez.

III.

Esos amores de la juventud son parecidos a las plantas de raíces enmarañadas que no se internan muy profundamente en la tierra, pero que nunca se arrancan del todo; siempre retoñan traidoramente y crecen cuando menos se piensa.

Un día Santiago de Allais y la bella Corysande se encontraron en una cacería, y la bendita yerba del amor, que creían muerta en sus corazones, reverdecía y echó abundantes flores rojas, de modo que cuando el buen Savigné llevaba a su mujer lejos de París creyéndola así al abrigo de los ladrones de su honor, la echaba bucnamente en la boca del lobo.

IV.

«Una tarde del mes de Setiembre Savigné venía de correr liebres, como hacemos hoy nosotros.

Cuando llegó a los castañares de la Roche-Tremblay se acercó a un pabellón de caza abandonado y oyó detrás de las paredes un ruido de voces sospechoso.

Aló su perro a un tronco, le hizo señas de que callara, y gateando por un árbol, se puso a nivel de una de las ventanas.

Desde allí vió a su mujer y Santiago de Allais en galante conversación.

«Savigné tenía mucho orgullo y mucho miedo al escándalo y se contuvo. Bajó de su sitio de observación, muy pálido, pero dueño de sí, fue a desatar su perro y se alejó en silencio pensando en la manera de vengarse del infiel.